

» abrasaban y destruían cuanto se les ponía por delante. Se
 » hacía cada día más urgente decidirse á tomar un partido :
 » ó evacuar las provincias recobradas á costa de mucha san-
 » gre y sacrificios, retirándose en masa con sus guarniciones
 » á las márgenes del Desaguadero, que era lo más pru-
 » dente, para conservar la comunicación con la capital
 » (Lima), y contener la insurrección, esperando algo del
 » tiempo : ó, lo más arriesgado, que era tomar una posición
 » ventajosa, que siendo capaz de sostenerse con menos fuer-
 » zas, nos dejase en estado de disponer de algunas otras
 » fuerzas para atender á las provincias interiores » (47). Este
 es el plan que prevaleció en los consejos militares del estado
 mayor realista, y el general Ramírez fué encargado de po-
 nerlo en ejecución marchando á sofocar la revolución del
 Cuzco con una parte del ejército que acababa de evacuar el
 territorio argentino. Los argentinos, por su parte, se prepa-
 raban á invadir de nuevo el Alto Perú, al mismo tiempo que
 el activo virey del Perú hacía invadir á Chile para sofocar
 su revolución. Los sucesos que siguieron no corresponden á
 esta parte de nuestra historia y á su tiempo serán tomados
 en cuenta.

VIII

Antes que los sucesos cronológicamente reseñados en este
 capítulo tuviesen su completo desenvolvimiento, el general
 del norte había desaparecido del teatro de la guerra, envuelto
 en un misterio, que proyecta su sombra sobre esta fase de
 una vida tan llena de secretos recónditos. Al abandonar por

(47) « Diario de la Expedición del mariscal don Juan Ramírez sobre
 las provincias interiores. » Imp. en Lima en 1813, p. 8.

siempre este escenario, llevaba la visión clara del gran plan
 de campaña continental que germinaba en su cabeza desde
 que retornó á la tierra natal para ponerse al servicio de la
 revolución de su patria y de la América. Con su genio con-
 creto y su espíritu de cálculo, dióse cuenta de las causas de
 las victorias y de las derrotas de los ejércitos patriotas y rea-
 listas en el campo en que hasta entonces se había circuns-
 crito la guerra del norte y descubrió por la observación una
 ley experimental del choque de las fuerzas vivas de la mili-
 cia desenvueltas por la revolución. Como lo dice un sesudo
 y bien informado historiador : « desde Buenos Aires había ya
 » observado, que las tropas insurgentes eran derrotadas cada
 » vez que se internaban en el Alto Perú, mientras que ha-
 » bían destrozado á sus enemigos siempre que éstos entra-
 » ban en el territorio de las provincias argentinas. » (48) Al
 medir las distancias, estimar los obstáculos, determinar los
 objetivos finales y probar el temple de los instrumentos de
 combate, había comprendido que no era ese el camino estra-
 tégico de la revolución sud-americana, y que la lucha se pro-
 longaría estéril é indefinidamente, si es que no terminaba
 por un desastre irremediable, mientras sus condiciones y ba-
 ses no se variasen. Su idea era llevar la guerra por el oeste,
 trasmontando los Andes y ocupar á Chile ; dominar el mar
 Pacífico, y atacar el Bajo Perú por el flanco, admitiendo sim-
 plemente como complementarias y concurrentes en segundo
 orden las operaciones militares por las fronteras del norte.
 Este plan tan racional y correcto, que se impuso á los con-
 temporáneos por el éxito en medio de los resplandores de la
 victoria, y se impone á la posteridad como una fórmula mate-
 mática, era, no sólo el más simple, no obstante su complica-

(48) Barros Arana : « Hist. general de la Independencia de Chile, » t. III,
 ps. 86 y 87.

ción, sino también el único posible, y sin embargo, habría parecido entonces una locura, cuando la locura estaba en la cabeza de los que se empeñaban en ir á Lima, por un camino imposible, con medios insuficientes, en busca de aventuras militares ó revolucionarias, sin prever las contingencias de la victoria ó la derrota. Por eso, él guardó su idea como *su secreto*, según él mismo le llamaba en sus confidencias íntimas de esa época, esperando para proclamarla tener en sus manos los rayos que debían fulminar al poder español en América.

El primitivo plan de propaganda militar de la revolución argentina, inspirado más por el instinto que por la reflexión, de extender la insurrección por todo el continente americano atravesando por tierra su centro de sur á norte, en el espacio de cuarenta grados geográficos desde la zona templada al trópico, pudo darle en un principio los resultados inmediatos que se buscaban, ó por lo menos el dominio de las provincias del Alto Perú. Rechazados sus ejércitos en su primera tentativa en 1810 sobre la línea del Desaguadero, y por segunda vez en 1813 y 1814, — como debían serlo por la última vez en el próximo año de 1815, — estos hechos, constantemente repetidos, revelaban una ley que presidía al choque de las fuerzas en acción en sus dos puntos de contacto. Pero si por acaso tal plan pudo dar un resultado contingente, cuando esas fuerzas se chocaron por la primera, segunda, tercera y cuarta vez, si las armas de la revolución hubiesen conservado su potencia inicial, era militar y humanamente imposible cuando, quebrado el nervio de sus ejércitos, tenían que medirse con ejércitos superiores que se habían adueñado del país que se trataba de conquistar, en el que habían echado raíces y tenían á sus espaldas todos los recursos de la América meridional de que Lima era el centro irradiante y el mar Pacífico el vehículo. Aun dadas las condiciones más favorables, y sin las derrotas que habían obstado fatalmente al logro de ese gran-

dioso propósito, pretender renovar la famosa marcha de Alejandro al través del Asia, con un ejército inconsistente y relativamente débil, lanzado en el espacio sin una base de operaciones, sin objetivo claro, sin línea de comunicaciones terrestres segura, y sin posibles comunicaciones marítimas en lo futuro, y esto al través de diversas zonas en un trayecto de cuatro mil setecientos kilómetros, por un país montañoso que no tiene sino caminos de herradura, era una empresa superior á los medios materiales y á la fuerza humana de que entonces podía disponer la revolución argentina. Aun realizada felizmente tan aventurada campaña, recorriendo en triunfo su largo trayecto desde Buenos Aires hasta Lima, se encontraría al fin en situación más difícil que en su punto de partida; con el mar Pacífico dominado por las escuadras españolas, con su base lejana de operaciones desguarnecida; con Chile armado en su contra sobre su flanco y á su retaguardia, y á su frente todo el poder del rey en la América meridional desde Chiloe hasta Méjico; pues á la sazón (1814) todas las insurrecciones contra el rey habían sido sojuzgadas ó iban á serlo, — incluso la de Colombia y Chile, — de manera que sólo mantenían la lucha por la independencia las Provincias del Río de la Plata, que no contaban ni debían contar con más fuerza que la suya propia. No obstante que la opinión de una gran parte de las poblaciones de raza mezclada en su largo itinerario, fuese simpática á la causa americana, los hechos habían demostrado, — y lo demostrarían hasta la terminación de la guerra de la independencia, — que las insurrecciones populares del Alto y Bajo Perú, que tenían principalmente por núcleo el elemento indígena, tan heroicas como fueron, eran inorgánicas y política y militarmente inconsistentes, y no podían por lo tanto, ni dar base sólida ni alimentar una guerra de conquista, de ocupación y de redención, ni alianzas eficientes. Por último, establecidos los ejércitos españoles en el Alto y Bajo Perú, bien organizados y bien mandados por ge-

nerales entendidos, y con el apoyo de un fuerte partido americano-realista que sostenía con entusiasmo la causa del rey en su tierra natal, eran de esperarse resistencias militares y aun de parte de las poblaciones en el trascurso de una prolongada campaña, en que al fin una batalla podía y debía probablemente perderse, y entonces todo se perdía hasta la « esperanza » que según Alejandro era lo único que llevaba al iniciar su campaña asiática, pero que cuidó llevar embarcada en la flota que acompañó todas sus operaciones, flota de que la revolución carecía.

Todo esto, que San Martín tenía en germen en su cabeza desde que empezó á darse cuenta racional del modo cómo se conducía la guerra, lo vió claramente en Tucumán al estudiar el teatro de ella en el norte, y buscar la solución del arduo y complicado problema de una campaña de emancipación americana por los diversos caminos que podían abrirsele, campaña que él consideraba condición necesaria para salvar la revolución argentina y asegurar el triunfo de la independencia continental.

Tres meses después de posesionado del mando del Ejército auxiliar del Perú (22 de abril), escribía sigilosamente á un amigo íntimo: « No se felicite con anticipación de lo » que yo pueda hacer en ésta: no haré nada, y nada me » gusta aquí. La patria no hará camino por este lado del norte » que no sea una guerra defensiva, y nada más; para esto » bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones » de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en » echar al pozo de Ayrón hombres y dinero. Ya le he dicho á » V. *mi secreto*. Un ejército pequeño y bien disciplinado en » Mendoza para pasar á Chile y acabar allí con los godos, apo- » yando un gobierno de amigos sólidos para concluir también » con la anarquía que reina. Aliando las fuerzas pasaremos » por el mar á tomar á Lima: ése es el camino y no éste. Con- » vénzase, hasta que no estemos sobre Lima la guerra no

» acabará » (49). Esta concepción concreta, que en 1814 era un secreto, y habría acreditado á su autor de loco á haberse difundido, es lo que ha asignado á San Martín su puesto en la historia del mundo, y que en definitiva cambió los destinos de la revolución de la América del Sud.

IX

Con los planes que llenaban su cabeza, tan opuestos á sus deberes oficiales, era natural fuese ingrato á San Martín, el mando del Ejército del Norte, que consideraba organizado sobre mala base, y en el cual no tenía plena confianza. Además, su émulo el General Alvear, preponderante por su influencia en el gobierno, con ideas diametralmente opuestas á las suyas, aspiraba á conquistar los laureles de la campaña del Perú, después de ceñirse los de la rendición de Montevideo, lo que le hacía considerar su posición como precaria y prever que sería reemplazado por él, como en efecto se pensaba. Alvear, con las ideas teóricas que tenía sobre el moderno arte militar, aunque muy superficiales; con su carácter emprendedor y sus chispazos de inteligencia, que á veces imitaban los relámpagos del genio intermitente, habría roto sin duda con la vieja rutina que realistas y patriotas habían practicado en aquel teatro de la guerra antes de San Martín, y lanzado las operaciones por otros caminos, sino muy seguros, por lo menos más brillantes y gloriosos. Estas perspectivas halagaban su juvenil ambición de gloria y de poder, y el

(49) Carta de San Martín á don Nicolás Rodríguez Peña de 22 de abril de 1814, publicada por la primera vez por el Dr. Vicente F. López, en « La Revolución Argentina, » t. I, p. 589.

general del norte, con más largos alcances y más grandes objetivos, estaba dispuesto á cederle su puesto militar, como le había cedido el político y eclipsarse por el momento para reaparecer en el escenario que buscaba, y que él mismo señalaba en términos velados, con aspiraciones al parecer modestas (50). Como se ha dicho presintiendo la verdad, aun sin conocer estas revelaciones póstumas, al solicitar como un descanso el gobierno de la oscura Mendoza, engañaba á los enemigos de la América y á los propios amigos, imitando con la misma previsión la táctica de Guillermo el Taciturno, con el cual tenía alguna analogía (51).

Todo estos motivos, que bastarían por sí solos para explicar su separación de una escena en que no quería ni se consideraba ser actor, coincidieron con una causa real que le obligó á resignar su mando. Al finalizar el mes de abril, precisamente tres días después de escribir la histórica carta en que revelaba su gran secreto (23 de abril), fué atacado de una afección interna al pecho y tuvo un vómito de sangre. Los contemporáneos, que desde entonces explicaban todos sus actos por su carácter enigmático y taciturno con tendencias á lo incógnito, atribuyéndole una doblez complicada, que realmente acompañaba todos sus secretos designios, han acreditado la tradición, de que esta dolencia fué un mero pretexto para cubrir su retirada, y graves historiadores han sido in-

(50) En la carta de 22 de abril de 1814, citada en la nota 49 de este cap., decía anticipándose á los sucesos y señalando el objetivo: «Estoy bastante enfermo y quebrantado, más bien me retiraré á un rincón y me dedicaré á enseñar reclutas para que los aproveche el Gobierno en cualquiera otra parte. Lo que yo quisiera que Vds. me dieran cuando me restablezca, es el Gobierno de Cuyo. Allí podría organizarse una pequeña fuerza de caballería para reforzar á Balcarce en Chile, cosa que juzgo de gran necesidad si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría ir allá mandando un cuerpo.»

(51) V. Vicuña Mackenna, en «Relaciones históricas» el cap. «El General San Martín antes de Maipo,» 2.ª parte.

ducidos en error por ella (52). Su enfermedad, perfectamente caracterizada por la ciencia médica (una hematemesis), era verdadera, aunque no orgánica, y le acompañó siempre, complicada con otras afecciones dolorosas que pusieron varias veces en peligro su vida (53). Su constitución vigorosa trabajada por antiguas dolencias empezaba á debilitarse por el exceso con que se contraía al trabajo y la pasión intensa que

(52) Entre ellos Barros Arana: «Hist. de la Indep. de Chile,» t. III, p. 88. Este dice también que su enfermedad fué en los primeros días de abril de 1814. — De dos oficios del general Francisco Fernández de la Cruz, su jefe de estado mayor, de fecha de 23 y 27 de abril, consta la fecha que le asignamos. (M. SS. del Arch. de Guerra. 1814.) — El General Paz en sus «Memorias» dice: «Por entonces se dudaba de la certeza de la enfermedad; pero luego fué de evidencia que ella era un mero pretexto para separarse de un mando en que creía no deber continuar.» La razón era el convencimiento que adquirió de que la facción que se entronizaba en Buenos Aires no le era favorable y que le escasearía los recursos con que había de sostener el ejército, mientras venía á su plantarlo, cuando fuese tiempo de obrar ofensivamente, el joven General don Carlos M. Alvear, » t. I, p. 182.

(53) Según el citado oficio del General Cruz de 27 de abril de 1814, todos los facultativos que lo asistieron en esa ocasión, declararon que «se hallaba atacado de una afección interna al pecho»: uno de ellos fué el médico inglés Guillermo Colisverry, que lo asistió de un tercer acceso de gastrorragia, que padeció en Mendoza en 1818, habiendo tenido otro en Santiago de Chile en el año anterior de 1817, en que el cirujano mayor del ejército, que lo era el Dr. Isidro Zapata, declaró lo mismo que Colisverry, que el General apenas podría vivir seis meses, si no daba tregua á sus tareas, cuyo certificado existe original en el Archivo general, comunicado por don Tomás Guido, como se explicará á su tiempo. Esta enfermedad, complicada con un reumatismo crónico, se agravó con la dispepsia y la dipsnea y alteró profundamente su sistema nervioso, causándole grandes dolores, lo que le hizo adoptar como alivio el tratamiento del opio, cuyo abuso aumentó el mal. — El decreto del Gobierno de 7 de mayo de 1814, nombrándole sucesor dice: «El General del Ejército Auxiliar del Perú ha caído por desgracia mortalmente enfermo.» (M. SS. del Archivo general en la sección «Guerra 1814,» y «Reservados: 1817-1818.») — En carta confidencial del Director Posadas de 18 de julio de 1814, le decía, más de dos meses después de aceptada su renuncia: «Aunque V. me dice que sigue aliviado, todos los amigos me aseguran que está V. malísimamente en ese desierto (sierra de Córdoba), que su enfermedad es larga y la cura larga y prolija.» (Arch. San Martín, vol. III, núm. 3.)

ponía en él. Esto le obligó á delegar sus funciones activas en su segundo el general don Francisco Fernández de la Cruz, y á elevar su renuncia (54), retirándose á la hacienda de Las Ramadas, á treinta y seis kilómetros de Tucumán, donde experimentó un segundo acceso, pasando luego á la sierra de Córdoba en busca de una temperatura seca más propicia, según el consejo de los facultativos. El General Cruz era hombre de un carácter recto y de un juicio sólido, militar de buena escuela con conocimientos científicos y talentos de organizador, pero sin iniciativa en el mando en jefe, que prefería formar en segunda fila, así es que recibió el cargo como una herencia sin beneficio de inventario. Su primer conato fué ocultar la desaparición de este gran actor de la escena de la guerra del norte, porque valiéndonos de sus mismas palabras : « el relevante concepto que tenía en el ejército, en » todos los pueblos y aun entre los enemigos, infundido hasta » las últimas clases, y la consternación y desconsuelo general que produciría la noticia de su separación, lo impulsaban á reservarla, sin hacer innovación para mantener » la esperanza que todos tenían en su reasunción del mando » (55). Pocos días después (29 de mayo) San Martín le escribía que se hallaba á la entrada de la travesía de Córdoba, y Cruz era dado á reconocer como general en jefe interino. Aquí termina el mando del general San Martín en la guerra del norte, al mismo tiempo que la segunda invasión española al territorio argentino era triunfalmente rechazada

(54) Hé aquí el tenor de la renuncia. — « Excmo. Señor — Todos los facultativos del ejército se han reunido ayer para tratar sobre el estado de mi salud, y todos unánimemente han sido de parecer de mi pronta salida para la Sierra de Córdoba, por lo que le ruego á V. E. se digne concederme licencia para recuperar mi atrasada salud. — Tucumán, » abril 27 de 1814. — José de San Martín. »

(55) Ofi. del General Cruz de 8 de junio de 1814. (M. S. del Arch. de Guerra.)

sin combatir, por efecto de sus trabajos y hábiles manobras.

En Córdoba se retiró á una estanzuela á veinte kilómetros de la ciudad, y allí, condenado á la inacción, alimentaba su pasión reconcentrada discurrendo sobre la debilidad moral de la revolución y los medios de darle nuevo temple. Un día, insistiendo sobre este tema, en circunstancias que se hallaba rodeado de visitas, exclamó con vehemencia : — « ¡ Esta » revolución no parece de hombres sino de carneros! » — Para demostrar su proposición refirió, que en ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda á quejarsele, de que el mayordomo, que era un español, le había dado de golpes por faltas cometidas en el servicio, y prorrumpió : — « ¿ Que les parece á ustedes? después de tres años de revolución, un maturrango se atreve á levantar la mano contra un americano! » — y repitió con acento vibrante : — « ¡ Esta es revolución de carneros! » — La contestación dada á la queja del peón, había sido en el mismo sentido, así es que, los demás, autorizados por ella, cuando el mayordomo pretendió repetir lo mismo con otro peón, éste le dió una cuchillada, que el general aplaudió como acto de energía criolla (56). Este rasgo es característico del temperamento revolucionario del criollo americano rebelado contra el predominio político y social de la España y de los españoles sobre la América y sobre los americanos, que quería convertir á los carneros en leones, y les daba por resorte esas explosiones de ira de los esclavos emancipados, que se convierten en fuerza, y que él incubaba en su alma, así cuando contrarrestaba los excesos realistas en la guerra diciendo que « la moderación se traduciría por miedo al azote de los antiguos amos, » y mandaba

(56) El General Paz, uno de los testigos presenciales de esta escena característica, la relata en sus « Memorias, » t. I, p. 187.

ejecutar al coronel Landivar para hacer respetar el derecho de gentes en los insurgentes, como cuando, exaltando el sentimiento individual de la dignidad criolla, daba al peón el consejo de rebelarse contra uno de ellos. Este era el síntoma precursor de ese movimiento nuevo que él iba á imprimir á la revolución armada, al pasar de la defensiva á la ofensiva. El gran teatro provisto y buscado por él, en que desarrollaría colectivamente esta nueva fuerza, iba á abrirsele.

El 10 de agosto de 1814, el ex-general del norte era nombrado Gobernador Intendente de Cuyo « á solicitud suya, » decía el despacho, con el doble objeto de continuar los distinguidos servicios que tiene hechos al país, y el de lograr la reparación de su quebrantada salud en aquella deliciosa « temperatura » (57). El Director supremo le escribía á la vez confidencialmente : « Lo hago á V. descansando en su Ínsula » en que habrá alcanzado á comer uvas frescas » (58). El descanso, era la primera etapa de una gran campaña continental desde la zona templada hasta el ecuador, al través de llanos, montañas, valles y mares, sin un solo día de tregua en siete años consecutivos ; y las uvas frescas se convertirían en los siempre frescos laureles de Chacabuco y Maipú que brotarían de entre las viñas de Cuyo. — Desde entonces sólo vivió para su idea. — En Mendoza estaba en el punto matemático previsto para la realización de su planes : en el suelo donde haría brotar los recursos y las legiones que libertarían á la América ; al pie de los Andes, su primer escalón para levantar la piedra á lo alto de la cumbre ; en contacto con Chile, primera jornada y primer punto de apoyo de sus operaciones ulteriores ; en marcha hacia el mar Pacífico, para

(57) Tom. III, Lib. 75 de tomas de razón de despachos y títulos en 1814, ps. 123 y 124. (*M. S. del Arch. general.*)

(58) Cartas del director Posadas á San Martín de 18 de setiembre de 1814. Arch. San Martín, vol. III, núm. 3.

llegar á Lima, que era por el momento su objetivo final. Su gran sueño, el sueño de los ojos abiertos, iba á realizarse, como se despeja la incógnita de un problema. Cuando estos vastos horizontes se le abrían, y era relativamente un general oscuro, con un secreto más oscuro aún en su cabeza, ya se habían formado completamente, como se ha observado, los rasgos fundamentales de su carácter. Estaba revelado su genio concreto de acción deliberada, seguro en el cálculo y preciso en la ejecución. El metódico organizador y el consumado táctico en las pequeñas y grandes maniobras se había probado, presagiando al estratégico. Habíase mostrado sagaz diplomático militar, ingenioso y fecundo en estratagemas, con rara penetración para utilizar las cualidades de los amigos y engañar á los enemigos explotando sus tendencias. El temperamento revolucionario del criollo de pasión innata, que convierte en fuerza las pasiones colectivas dominando las suyas propias, se revelaba en sus manifestaciones espontáneas. Su moral pública, era la del hombre de acción que persigue un fin determinado, con eficientes medios adecuados, sin escrúpulos de conciencia ante la razón de estado de su causa. Político por instinto, sin doctrina preconcebida, aunque republicano por inclinación natural, todo lo pospone á la idea de la independencia, hasta ser indiferente en punto á formas de gobierno. Reservado, taciturno, enigmático, el misterio que empieza á envolverlo en vida se prolongará más allá de su tumba. Sin patriotismo exclusivo, con un sentimiento americano de amor á la libertad y odio á los opresores, formado lejos de la tierra natal ; con un temperamento frío y un alma intensamente apasionada, una modestia sistemática y un desinterés real, ni más ambiciones conocidas que sus designios emancipadores, tenía la severa ecuanimidad y llenaba las condiciones de un libertador de pueblos diversos cuya espontaneidad no violentaría. Como se ha dicho de él, no era un hombre : era un sistema. Tal era el hombre que al

pie de los Andes en 1814, iba á cambiar los destinos de la revolución sud-americana tomando resueltamente por la primera vez la ofensiva militar, para herir en el corazón al poder español en sus colonias.

CAPÍTULO VII

REVOLUCIÓN CHILENO-ARGENTINA

AÑO 1810-1814

Enlaces de la revolución chileno-argentina. — Nuevo punto de vista histórico. — Antecedentes de la sociabilidad chileno-argentina. — Primera descomposición del Gobierno colonial en Chile. — Aparición de Martínez Rozas. — Los Cabildos de Santiago y Buenos Aires. — Síntomas sincrónicos de la independencia chileno-argentina. — El particularismo del sud de Chile. — Nueva teoría política argentino-chilena. — Aparición de O'Higgins. — Revolución del 25 de mayo de 1810 en Buenos Aires. — Su repercusión en Chile. — Primer congreso municipal chileno. — Se instala el primer Gobierno nacional de Chile. — Relaciones diplomáticas argentino-chilenas. — Semblanzas de las dos revoluciones. — Alianza argentino-chilena. — Primera iniciativa de un congreso americano. — Las armas y las ideas argentino-chilenas fraternizan. — Escisión del partido patriota. — Reacción realista en Chile. — Dictadura de Rozas. — Radicales y conservadores chilenos. — Derrota electoral de Rozas. — Instalación del primer congreso general de Chile. — Exposición de la doctrina constitucional de la revolución de Chile por Rozas. — Examen de la influencia del parlamentarismo en la revolución chilena. — El congreso de 1814 y su composición. — Derrota parlamentaria de los radicales. — Proyecto de constitución.

I

Cuando San Martín se hizo cargo del gobierno de la intencía de Cuyo (setiembre de 1814), la revolución chilena contaba cuatro años de agitada existencia, y estaba próxima á sucumbir por las discordias intestinas y bajo el peso de las